



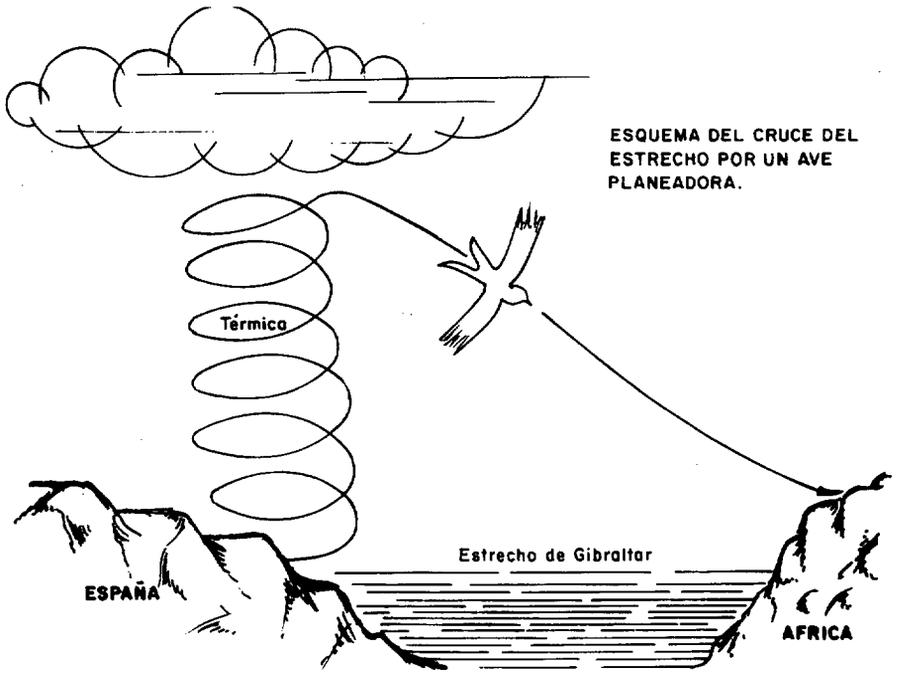
EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

No recuerdo cuántas veces he cruzado el estrecho de Gibraltar, pero, desde luego, han sido un montón y en casi todas ellas he tenido la oportunidad de disfrutar de una mar que se volvía barroca con el adorno de una fauna que en ningún otro lugar he visto tan exuberante y espectacular. He vivido el viejo planero *Tofiño*, hace ya muchas décadas, colándose en el Mediterráneo rodeado por una multitud de delfines, cientos de ellos dando enormes saltos en un intento de paliar con sus acrobacias aéreas la tenaz resistencia generada por la corriente que en el centro del Estrecho vierte en el gran océano el agua sobrante del pequeño Mediterráneo. O he salido al Atlántico en el vértigo de los duros pantocazos, rompiendo la proa el vapuleado minador con nombre de planeta,

sobre una terca mar de fondo, a la que también se aproaban, resoplando aparatosamente por nuestras amuras, tal cantidad de ballenas que, en lógica ley de probabilidades, bien podría haber sido alguna de ellas misma-mente la de Jonás, de longevos y con largura que son estos animalotes.

He asistido en el Estrecho a la sorpresa de una masiva migración de mariposas entre África y España, la misteriosa y polícroma *Vanessa cardui*, y no hace mucho identificaba un ejemplar de la enorme y apagada mariposa nocturna *Agrius convolvuli*, otra mariposa que no sabe estarse quieta y que desde África llega hasta Islandia, que ya son ganas de viajar. Había sido cogida en la fragata *Baleares*, en pleno estrecho de Gibraltar.

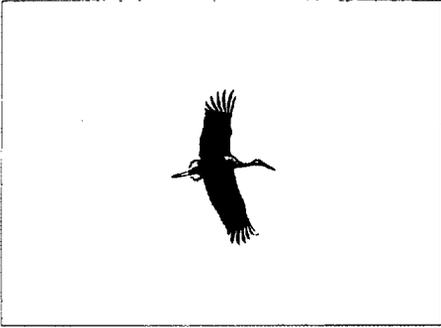
Al mismo afán viajero se debe la abundancia de tortuga boba (*Caretta*



caretta), marsopas (*Phocoena phocoena*), peces voladores (*Cephalocanthus volitans*), túnidos diversos, medusas y otras muchas criaturas que, en ciertas épocas del año, se enseñorean de aquellas aguas, encajonadas entre dos continentes, lo que nos permite asegurar que jamás pasaremos nosotros solos el Estrecho, sino con tal ebullición de vida que parecerá que asistimos al trasunto de la Creación, pues allí se concentran para entrar o salir por esa obligada puerta, que es todo estrecho, los pasajeros del Mediterráneo, casi todos, y muchos de los trotamundos que en el Atlántico se empeñan en fabulosas migraciones, cuyos entresijos aún sorprenden a la ciencia.

Pero el tránsito más maravilloso y

destacable en nuestro Estrecho es el de las aves que saltan en primavera desde África a Europa para reproducirse en un clima más dulce que el abrasador de los trópicos y tierras subsaharianas, para regresar a sus cuarteles africanos de invernada cuando el agua se cuaja en hielo en una Europa que se les vuelve hostil y les niega a sus crías el alimento y la templanza, y les conmina, por tanto, a sobrevivir desandando el camino andado, en unas rutas tan precisas que nacen marcadas en los genes de las especies viajeras, y que para ambas corrientes migratorias, la de ida y la de vuelta, cuenta con tres únicas y ancestrales vías de ejecución, tres estrechos, tan necesarios y obligados para las aves migratorias



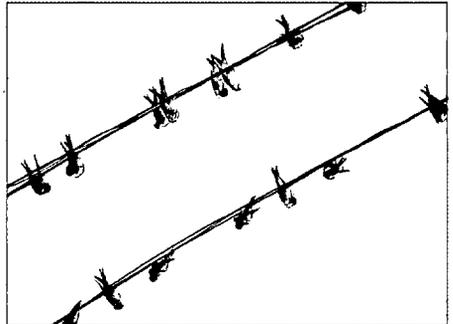
Las aves planeadoras están diseñadas para remontarse en las térmicas y saltar de una a otra. En la foto, cigüeña blanca (*Ciconia ciconia*).

como pueden serlo los raiñes para el tren: el Bósforo, por Turquía; el de Mesina, por Italia, y el de Gibraltar, por España, siendo este último el más importante desde los puntos de vista ornítico y cuantitativo, dada su especial y propicia situación geográfica que le permite una mayor capacidad como «efecto embudo» que los otros dos, una mayor capacidad de previa concentración y de posterior dispersión de tanto alado transeúnte.

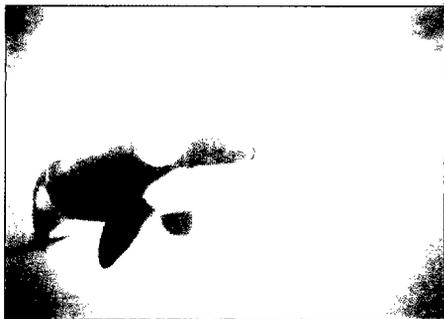
Bueno, ¿y por qué las aves cruzan la mar sobrevolándola por estos ancestrales y angostos pasos y no con cualquier otra demora que podría parecer más corta? Planteado de otra manera, ¿por qué no evitar las complejas aproximaciones a los estrechos y, con este supuesto ahorro de trabajo, el consiguiente ahorro de energía que se lograría? ¿No sería más práctica, en lugar de tanto vuelo convergente y posteriormente divergente, la línea recta, que es la más corta entre dos puntos?

Para tratar de explicar lo explicable dividiremos las aves en dos

grupos: las planeadoras y las demás. Son ejemplo de las primeras las cigüeñas y las rapaces (águilas, buitres...), y de las segundas tantos pájaros como los que conocemos y de los que luego hablaremos. Las aves acuáticas (gaviotas, cormoranes, patos, etc.) no tienen problema para saltar entre los continentes, pues en caso de agotamiento amerizan y se acabó. Son las aves que se mojan las que deben evitar las grandes distancias marinas, puesto que la mar ni es su despensa ni es su medio, sino su muerte potencial y temida. Este terror es el que les lleva a elegir un estrecho como única posibilidad cierta de acortar el peligro por antonomasia que para ellas es caer en la mar. Las aves sólo tendrán que esperar el momento propicio para el paso que, en resumen, es aquél en el que no llueve y en el que no hay vientos, a excepción de las aves no planeadoras, o que batan las alas, que si lo llevan moderado de popa, miel sobre hojuelas. Estas últimas aves suelen cruzar el Estrecho a poca altura, cuando se dan las condiciones oportunas; lo hacen masivamente, incluso



Esperando el momento de dar el salto. Aviones comunes (*Delinychon urbana*).



No es difícil ver a la orca (*Orcinus orca*) entrando en el Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar.

por la noche y en días de niebla, orientadas por sus mágicas «brújulas» biológicas. Se trata de aves más bien pequeñas, macizas, de alas cortas, lo que no quiere decir que no sean muy «pesadas» y que el trasladar sus cuerpecillos no suponga para ellas un esfuerzo incomparablemente mayor que el que realizan las aves planeadoras.

Las planeadoras están constituidas de otra manera: son grandes, y algunas, como las cigüeñas, enormes, y por ello su método de vuelo debe ser el más ahorrativo, y para ello, y proporcionalmente a su volumen y extensas alas, se han hecho evolutivamente mucho menos pesadas que las que antes tratábamos. Por eso su estrategia es la de flotar en una térmica, navegar a vela en esas corrientes ascendentes de aire caliente y calentado, y «montadas» sobre ellas ganar altura en una espiral que la vemos cerrarse a medida que prospera cuanto más se alejan del suelo. Vuelan como crucificadas en el vacío, las alas estiradas, muy abiertas, rígidas y paralelas, sin moverlas, excepto

cuando cambian súbitamente de rumbo o de posición. Cruzan el Estrecho en grupos, ordenadas y cronológicamente según especies y, en ciertos momentos, a gran altura.

El problema de las aves planeadoras es que en una térmica sólo pueden desplazarse verticalmente y que para cruzar el Estrecho necesitan volar con un desplazamiento horizontal. Otra pega más es que en la mar no se forman térmicas como en tierra para facilitarles el saltar de térmica en térmica hasta conseguir su meta, y de ahí que estas aves prefieran los estrechos para intentarlo. Necesitan, pues, en la orilla de la que parten, una térmica que además sea lo suficientemente alta para poder encaramarse a la necesaria altura para otear el panorama, calibrar sus posibilidades de éxito y descolgarse desde su cima en la orilla opuesta, en el continente de enfrente. Cualquier error de cálculo en el ángulo de descenso puede ser mortal, y de su dificultad hablan las numerosas bajas que en la realidad suelen producirse en estos intentos, debidas principalmente a los vientos de levante y de poniente, tan frecuentes y duros en la zona.

Tal es, en general, el esquema del problema y su solución, aunque, como muy bien saben nuestros aviadores, la cosa se complica con multitud de fenómenos de convección atmosférica, condiciones termicogénicas, series columnares, turbulencias, ángulos de escora velera, cicleos, diferencias de carga, de remonte y musculares entre las especies y los especímenes, y todo el conjunto de fuerzas y vectores que regulan el planeo, y sobre los

que no insisto porque siempre me cateaban en Física.

Como las condiciones meteorológicas óptimas no es fácil que se den al unísono en un microclima tan revuelto como es el que impera en Gibraltar, dominado por fuertes vientos laterales a la dirección de las aves, éstas se concentran en gran número y durante mucho tiempo en las inmediaciones del Estrecho en tensa y prolongada espera del momento adecuado para dar el salto. Por otra parte, existe una diferencia conceptual de lo que son las estaciones entre los animales y el hombre, constreñido este último a la puntualidad y concisión de lo que es el dato meteorológico, y así, los vuelos prenupciales, que algunos llaman «pasos de primavera», se inician para las primeras cigüeñas con su arribada a la Península a mediados de diciembre, y es constante el flujo hasta finales de mayo para las demás especies; y los vuelos de regreso postnupciales (o de «otoño») comienzan a mediados de junio para cerrarlos a primeros de diciembre los buitres leonados, algunos de cuyos individuos más rezagados se cruzan con las cigüeñas más precoces en regresar a España para criar, cerrándose así el ciclo.

Tal es la razón por la que sólo en ciertas épocas del año se agrupan masivamente las aves migradoras en una franja costera, cuyo núcleo comprende desde punta Europa hasta el cabo de Trafalgar, con especial querencia en la punta de Tarifa y su tómbolo, la isla de la Paloma, flecos más meridionales de la Península Ibérica. Dos características añaden

dificultad a este entorno: el apretado rosario periférico de las sierras gaditanas del Estrecho y la alta densidad de población que mixtifica estas costas. Mucho se ha estudiado este fenómeno migratorio, tanto desde la costa europea como desde la africana, pero nunca con la intensidad y rigor que lo hicieron los profesores Bernis, Tellería y, sobre las cigüeñas, Fernández Cruz. Los dos primeros publicaron en 1980 sendos tomos monumentales que, unidos a interesantes apéndices, enseñan todo lo que debe saberse sobre el fascinante mundo de las aves viajeras a través de Gibraltar.

Sería complicado desmenuzar para el lector de nuestra REVISTA aquellos datos más curiosos o sorprendentes que nos sugiere la lectura apasionada de tan meritoria bibliografía, como la que hemos citado antes. Como botón de muestra y colofón a estas letras, abro al azar alguno de los libros sobre el tema: el 31 de agosto de 1977 cruzaron el Estrecho, rumbo a África, 6.099 halcones abejeros (*Pernis apivorus*); el día 7 de julio del mismo año lo hicieron 8.652 milanos negros (*Milvus migrans*), ambas citas según Bernis. Durante el verano de 1977 Tellería contabiliza un mínimo de 400.000 vencejos comunes (*Apus apus*), y Fernández Cruz censa en 1993 nada menos que 70.000 cigüeñas blancas (*Ciconia ciconia*) para la Península Ibérica.

¿Hay quién dé más?

José CURT MARTÍNEZ

